

EL PENSAMIENTO DE DAISAKU IKEDA EN UNA REFLEXIÓN OCCIDENTAL

Alberto Gómez Farías

La Universidad ha sido desde su creación y por su creación, el ámbito natural en que se desmenuzan las ideas y principios, hasta llevarlos al estado de pureza conceptual. Todo lo que se encuentra relacionado con el hombre o su entorno, constituye motivo prioritario e irrenunciable de su responsabilidad; de él parte y hacia él se dirige, abarcando la totalidad de los conocimientos en la universalidad del espíritu humano. En este sentido, profundiza y compara el aporte de los exponentes más destacados de la comunidad mundial, que brinden una interpretación de trascendencia para las bases de formación ética del hombre. De ello, que la misión educativa asumida por la Universidad debe destacar la figura de Ikeda Sensei, en homenaje a los méritos incuestionables que a lo largo de toda una vida ha sumando en la jerarquización del pensamiento, de la enseñanza y de la cultura internacionales. Su personalidad ha superado todo límite de fronteras sociales, políticas o económicas, instalándose en el razonamiento diáfano de las ideas.

La obra de Daisaku Ikeda reconoce como fuente de inspiración a las enseñanzas impartidas en el siglo XIII a través del Japón por el venerable monje Nichiren Daishonin, continuadas ya en el siglo fenecido por los devotos maestros Tsunesaburo Makiguchi y Josei Toda, cuyas experiencias búdicas le han llevado a sentar las bases de una filosofía dirigida a estimular y consolidar los valores humanos. De su constante preocupación por las desinteligencias y agresividades generalizadas en los tiempos que compartimos, surge una profunda labor transmitida en una bibliografía que da fe de la coherencia de percepción y acción. De sus convicciones, en cuanto a los caminos intelectuales y espirituales por los que debe transitar la nueva generación, a fin de lograr aptitud para dar las grandes respuestas requeridas por una sociedad en constante transformación, quedan pruebas en los colegios de todo nivel y la Universidad que ha fundado; de su estímulo infatigable a la cultura en sus distintas manifestaciones, dan testimonio mu-

* *Dr. en Filosofía.*

seos, talleres, salones y escuelas especializadas, que bajo su orientación personal se incorporan a pueblos de diferentes regiones. Esta vasta labor superó como destino a la que entregó a su propio país, para ser ofrecida a la humanidad como prenda de comprensión y solidaridad.

Daişaku Ikeda es Presidente Fundador de la SOKA GAKKAI INTERNACIONAL, nombre que se traduce como Sociedad Creadora de Valores y se orienta hacia la apertura de senderos que llevan a una revolución personal dentro de cada individuo; aboga por la Paz eterna, absoluta, fundada en un inquebrantable respeto por la vida humana. Propagando su creencia y alentando a la gente para que se encolumné tras estos objetivos, la Soka Gakkai busca introducir una nueva esperanza y coraje en la sociedad del hombre, creando lazos expansivos de amistad y confianza mutua. Existe la tendencia general de interpretar al budismo como una filosofía pesimista. Verdad es que en sus enseñanzas tempranas, Shakyamuni puso énfasis en la inconstancia de todas las cosas y en los aspectos desagradables y fútiles de la existencia humana, a fin de ayudar a los hombres a liberarse del apego al yo, a liberarse del deseo y del entorno material, para desarrollar con ímpetu el anhelo de conocer la verdad. En sus primeras fases, el budismo Mahayana también enseñó que la verdad última era un paraíso situado en algún distante ámbito occidental y adoptó una concepción pesimista de la realidad y del propio género a que pertenecemos.

Pero las doctrinas esenciales y precisas del Mahayana se encuentran en el Sutra del Loto, que enseña que la verdad inmutable, última, no existe independientemente del mundo de las cosas concretas y de los seres humanos reales. La verdad está universalmente presente detrás y más allá, del aparentemente inconstante y confuso mundo de la realidad. Es decir, que de acuerdo a su contenido, la naturaleza búdica puede encontrarse igualmente en toda criatura humana, siendo todas capaces de manifestarla. Además, así como un cristal proyecta diferentes luces según la iluminación del ambiente, así también la vida de aspecto desagradable en tantas de sus connotaciones, puede irradiar belleza cuando se la mira a través de la profunda naturaleza búdica universal. Esta es la interpretación de la sensibilidad que encontramos en el Sutra del Loto, una enseñanza penetrada de inmensa confianza en la humanidad. Uno de los más transparentes artículos de la fe del Dr. Ikeda lo constituye el respeto por los seres humanos, demostrado a lo largo de su extensa producción bibliográfica. Insiste en que todas las diferencias, tanto debidas a la brecha generacional como a los prejuicios raciales o nacionalistas, religiosos, partidistas o ideológicos, pueden resolverse mientras las partes conserven fe en la humanidad. Diferencias de opinión, choques emocionales, conflictos de intereses, son casi inevitables en la vida diaria, pero la meditación puede siempre aportar la conciliación si reposa en la credibilidad recíproca. Si ello no ocurre así, el encono hace imposible la discusión de los problemas, promoviendo la animosidad y las sospechas al grado de agravarse de tal modo que llegue a engendrar conflictos sin retorno.

A causa del poder sin precedentes de las armas hoy disponibles, Sensei sostiene como programa fundamental para evitar la catástrofe que amenaza a la humanidad, retornar a la confianza y respeto mutuos en todas las cuestiones, partiendo de los desencuentros cotidianos, hasta los asuntos que afectan a la sociedad internacional. No

obstante, sus pensamientos traslucen una aguda conciencia de los peligros que entrañan tanto la fe ciega como la ingenuidad o el fanatismo, que pueden conducir a la destrucción de personas cándidamente confiadas. Sin embargo, insiste en que cuando un individuo se ve forzado a elegir entre creer o dudar, la opción por la confianza constituye la elección más adecuada.

Al sentir del distinguido formador, la vida humana debería ser innovadora. Cada momento del presente debería estar colmado de actos creativos para el futuro. Cada ser humano tiene una misión, una razón para vivir. Las personas que consideran su existencia como una carga, son incapaces de descubrir este objetivo. Pero una vez que adquieren clara visión de estas responsabilidades, el peso se minimiza hasta desaparecer. Todos los esfuerzos deben encaminarse a crear, sin que quede margen alguno para la devastación. La meta primaria de su pensamiento y acción se centra en la Paz perdurable en el mundo. Podemos decir, dando vuelo a su razonamiento, que en el progreso de la civilización humana, las artes productivas como las artes destructivas, las inspiraciones poéticas como el perfeccionamiento de los armamentos, se han manifestado siempre uno al lado del otro. Prácticamente no existen naciones cuya historia muestre la existencia de una paz permanente, sin guerras civiles ni contiendas exteriores. Esto parece derivar del hecho que el hombre es a la vez un animal violento y pacífico. En él, el impulso natural hacia la vida en paz como hacia el estado de belicosidad, lo que podríamos llamar los instintos afectivos y agresivos, se mezclan en forma extraña pero real.

Esto no implica un estado de imperfección humana; puede objetarse si valdría la pena tener una clase de civilización en que el hombre estuviera tan amansado como domesticado, que no sintiese ya ningún deseo de luchar. La vida está o debiera estar acompañada de tenacidad. De lo contrario, degenera la fibra humana, lo que acontece en el período asombrosamente corto de algunas generaciones, como se da muchas veces en familias social y económicamente destacadas. No puede disculparse la guerra, pero lamentablemente tenemos que reconocer nuestra herencia biológica. En el mundo de la naturaleza, el instinto belicoso y el instinto de la vida apacible, son aspectos diferentes de una misma realidad. Esa inclinación, de ascendencia primitiva, anida más profundamente que cualquier ideología o credo político temporarios. En la historia de nuestro mundo, han coexistido siempre guerras despiadadas, con los más persistentes despliegues de amor hacia los niños y con todas esas tiernas manifestaciones de galanteo que crea la belleza, que reconocemos como el encanto y fragancia de las flores, el trinar de las aves y el canto suave, melódico y sugerente de un límpido arroyo en la montaña.

Si resulta en cierto modo descorazonador para el sensible estudioso de la naturaleza, que sobre y bajo la tierra, de día y de noche, se lleve a cabo la guerra más dura y cruel en lo que aparentemente es un bosque pacífico; o si se reflexiona en que la tierna gaviota, que se posa tan beatíficamente en una roca al atardecer, acaba de ser cruel victimaria de un inocente pececillo, es también una fuente de consuelo el saber que el instinto vital de la naturaleza es siempre dominante y que se las compone para exhibir una recuperación increíble, después de todo desastre natural. Cualquiera que haya visitado las islas del Pacífico ubicadas entre ambos trópicos, regalando a la vista con su exuberante

follaje árboles firmes de estructura y verdor y el paradisíaco paisaje que se presenta después de los tremendos huracanes y maremotos que arrasan con su furia desatada, no puede dejar de impresionarse por la persistente urgencia de vivir que muestra la naturaleza, ofrendando todo su esplendor. Hoy una vez más, como lo lamenta reiteradamente en sus discursos el Dr. Ikeda, el mundo está asolado por la guerra. Para todo observador, la guerra se presenta como una inevitable confrontación entre intereses ideológicos, en los que la Paz se ha hecho tan semejante a la beligerancia que para el afgano, albanés, chechenos, israelíes, palestinos, los habitantes del Golfo Árabe, hasta no hace mucho croatas, bosnios, eslovenos, serbios, montenegrinos y norirlandeses, una paz momentánea parecería infinitamente más desoladora que una guerra frontal. Para aumentar el desconcierto, los provocadores desfilan como amantes de la fraternidad y los agresores acusan a sus víctimas de «empresarios del armamentismo». La Paz y la Guerra están más confundidas que nunca.

¿Qué significa todo esto? ¿Ha quedado inhibido temporalmente el instinto humano de vivir en paz? ¿Ha sido ensombrecido o quizás destruido por el instinto guerrero y de depredación? Y la civilización, que comprende las artes, las relaciones, las creencias comunes del hombre, las modernas conquistas de la ciencia y la filosofía de vivir, ¿será destruida? Todos nos horrorizamos ante la simple idea de las grandes ciudades demolidas bajo la acción bélica, lo que motiva a muchos pensadores contemporáneos a sentirse inclinados a creer que la civilización moderna, tal cual la conocemos, habrá de desaparecer. Sin embargo, no podemos asociarnos fríamente a tal afirmación, si partimos de los valores que Japón ha demostrado después de sufrir el holocausto de Hiroshima y Nagasaki.

Sabiendo que el instinto guerrero no es sino otro aspecto del instinto vital y creyendo, que ninguno de los hombres que van a las batallas han renunciado jamás a sus deseos de vivir, salvo fanáticas excepciones, debemos pensar que el impulso de la conservación y de la coexistencia es el más fuerte de los dos y que en consecuencia, no puede ser eliminado con facilidad. Nunca aceptaremos que las novecientas víctimas de la masacre de Guyana hayan decidido voluntariamente su auto-eliminación, ni aún motivadas por el exaltamiento impreso por mentes desequilibradas, que de este modo, pretendieron violentar fraudulentamente el instinto natural de la vida. Desde que esa inclinación no puede ser destruida, tampoco pueden ser destruidas la civilización ni las artes generosas del vivir.

Esto conduce a los aspectos más sutiles, no físicos de la cuestión y al lado positivo de la vida humana, tan cara a IKEDA SENSEI. La civilización será arrasada si los principios que laboran por ella fueran destruidos, como la libertad de cultos, los derechos y las libertades de las personas, la democracia y esa fe hoy vacilante en el hombre común. Sin guerra, un Estado totalitario que prive al hombre de esos dones de la evaluación, ya ha comenzado a desintegrar su comunidad. Con una Nación no tan fácilmente regimentable, aquella cultura no puede ser desarticulada muy simplemente por una guerra. Hay, sin embargo, claras señales de peligro en la circunstancia que el pensamiento contemporáneo y en la existencia contemporánea, aquellas prerrogativas comunes del vivir estén dando paso en forma creciente a las pretensiones del Gran Estado. El ciuda-

dano de cualquier país totalitario, aún de los llamados más cultos y avanzados, ya ha perdido ciertos privilegios y libertades de idea y expresión, de que han gozado siempre y siguen disfrutando tribus consideradas salvajes de regiones remotas de la tierra.

En verdad, a esta época hemos recorrido un largo camino apartándonos de la civilización. Tal cual se la entiende de ordinario. Por cierto, pasó mucho tiempo desde que en la naturaleza comienza a manifestarse la evolución, ofreciendo ciertas comodidades en el vivir, a cambio de algunas restricciones a la libertad, denominadas generalmente sentido del deber. El hombre asume entonces la necesidad de trabajar. Primero trabaja para ganarse la vida. Luego debe luchar en defensa de su derecho a trabajar. Y ahora se le insta a anteponer la artillería y la energía nuclear a las razones y considerar que es más noble y honrado morir con las armas en la mano, que en la entrega entusiasta de sus esfuerzos en el cultivo de una comunidad pacífica, que labore su progreso en la comprensión y la solidaridad. Volvemos a la naturaleza, sin las libertades comunes de la naturaleza.

No puede negarse que desde el punto de vista del Estado organizado para la guerra y la conquista, no caben sino elogios para el totalitarismo; pero de ninguna manera lo es desde el punto de vista de la persona, como objetivo final que sirve a la civilización y a objeto de gozar de las bendiciones naturales de la vida. No son las tecnologías las que están destruyendo la estructura humana, sino la tendencia a transferir los derechos del individuo al Estado, lo que se ha constituido lamentablemente en factor de trascendencia en algunas organizaciones contemporáneas. Esto choca de frente con los privilegios ordinarios del hombre a la existencia, subordinándolo a las necesidades del sometimiento sectorial.

Este tipo de situaciones, movió en su tiempo a Nichiren Daishonin a expresar en su conocida tesis *Rissho Ankoku*: «Ahora, con mucho temor, apenas abriendo los ojos, observo las enseñanzas y veo que la gente de hoy vuelve la espalda a lo correcto, le rinde culto al mal. Esa es la causa porque los dioses han abandonado a la Nación para alejarse, los sabios han dejado sus puestos para no regresar. Y en su lugar, llegan desastres y calamidades que se suceden sin pausa. No puedo hacer más que hablar acerca del asunto. No puedo evitar sentirme evadido por el temor». Las palabras de Nichiren Daishonin, expresan una sublime preocupación.

La historia muestra que casi siempre, cuando se registró un saludable período de Paz, ésta fue impuesta por la fuerza de un Estado poderoso, como lo fue el Imperio Romano. Durante los diálogos que mantuvieron Daisaku Ikeda y Arnold Tynbee, el famoso catedrático inglés declaró que sospechaba que cualquier paz mundial futura se alcanzaría como resultado de la formación, por la fuerza, de un imperio político global. Por su parte, Ikeda Sensei insistía en que la Paz Mundial debe lograrse sobre la base de una federación de estados independientes, algo similar a lo que se está comenzando a experimentar en Europa. Está convencido que la paz impuesta por un poderoso, duraría sólo la etapa de su sobrevivencia. Además, la atracción que ejercen la autoridad y el poder incitaría a algunos a derrocar a los gobernantes, para instalar una nueva conducción deferente y propia. Por otra parte, como el poder y la autoridad contienen gérmenes de corrupción, una paz impuesta a la fuerza por un Imperio, desarrollaría en sí

misma las simientes de su propia destrucción. En cambio, la paz fundada en la federación que contempla Ikeda, estaría basada en la comprensión y confianza recíproca de los pueblos, obtenida por obra de la razón y la fe.

Curiosamente, Kant coincidía con ese pensamiento hacia 1795 en LA PAZ PERPETUA: «La razón, decía desde el trono del máximo poder legislativo moral, condena la guerra como una vía jurídica y convierte en cambio en un deber inmediato el estado de Paz, que no puede establecerse o garantizarse ciertamente sin un pacto entre los pueblos: tiene que existir por tanto, una asociación de tipo especial a la que puede llamarse Federación de la Paz (*fœdus pacificum*), que se distinguiría del pacto de la paz (*pactum pacis*), en que éste buscaría acabar con una guerra, mientras que aquella buscará terminar para siempre con todas las guerras. Esta federación no se propone recabar ningún poder del Estado, sino mantener y garantizar solamente la libertad de un Estado para sí mismo y simultáneamente, la de otros estados federados, sin que estos deban por esta razón (como los hombres en estado de naturaleza) someterse a leyes públicas y a su coacción. Es posible representarse la posibilidad de llevar a cabo esta idea, que debe extenderse paulatinamente a todos los Estados, conduciendo así a la paz perpetua». Esta consideración de Kant en el último decenio de su vida, es de fundamental importancia al analizar las reflexiones de Ikeda Sensei en sus diálogos con Toynbee por la Paz.

Sólo volviendo a apresar el sueño de emancipación humana y restaurando el valor y la importancia de los derechos y libertades del hombre común, puede evitarse la amenaza que socava la civilización de nuestro mundo. Más que nunca podemos esperar que los ciudadanos anónimos que rehusan ceder sus libertades, sean los auténticos salvadores de la dignidad del género a que pertenecen, coincidiendo con las reflexiones de Daisaku Ikeda cuando afirmara: «Las manos humanas produjeron las armas nucleares y los sistemas armamentistas; esas mismas manos deben ser ahora capaces de reducirlos y eliminarlos. Si permanecemos ociosos y cejamos, robaremos los sueños a las generaciones futuras, ganándonos de ellas el deshonroso epíteto de «impotentes». Pero aún mas horroroso sería, que a causa de la destrucción fulminante que producen las armas contemporáneas, robáramos a las futuras generaciones no sólo sus sueños, sino también su propia existencia».

Estas sensatas palabras del Maestro nos ubican en la crudeza de la realidad, porque estamos viviendo tiempos de dura prueba para el espíritu del hombre. Planear con inteligencia una Paz, sin contar con el auxilio de las disciplinas que tratan de la esencia, propiedades, causas y efectos de la paz, es imposible. Es preciso que haya una transformación en el pensamiento y en el método de pensar sobre los acontecimientos políticos en particular y sobre los asuntos humanos en general, antes de que sea posible una auténtica modificación en la política del mundo.

Las normas de moral, especialmente las de moral internacional, se hallan en esta época en un desconcertante nivel. Comparando los principios de los pensadores que en distintas épocas dieron forma ética a la concepción de vida comunitaria, puede reconocerse a muchos coetáneos, como rezagada progenie espiritual de los maestros que se brindaron en brillantes períodos de formación moral. Porque mientras estemos completamente equipados con una filosofía de guerra, una psicología de guerra, una política de

guerra y una elevada tecnología instrumental de guerra, ¿cómo es posible que escapemos a la guerra? Ahora, la cuestión más importante es si después de un exterminio sistemático y de tremendos padecimientos, continuaremos permitiendo que todo comience de nuevo.

De acuerdo a las enseñanzas budistas, esto se remite a un problema causal, ya que la felicidad humana se sustenta en la ley de causa y efecto. A diferencia del concepto de causalidad de las ciencias naturales o sociales, su principio concierne sustancialmente a la vida interior del individuo.

A pesar del peso que afecta a su existencia actual, cada criatura es responsable de su propio destino y al mismo tiempo, tiene la prerrogativa de cambiarlo mediante el desarrollo de los puntos fuertes y mejoramiento de los débiles; es decir, imprimiendo una causa nueva, tendiente a obtener para el futuro un efecto deseablemente superior al recibido de la causa precedente.

Esta ley, guarda semejanza con la teoría de Causalidad de Kant, esencialmente contenida en la segunda Analogía de la Analítica Trascendental.

Su tesis central en la primera edición, es que todo lo que ocurre o comienza a ser, presupone algo a lo cual sigue de acuerdo con una regla. En la segunda edición, está registrado en términos más precisos: «Todos los cambios o alteraciones, tienen lugar de conformidad con la ley de conexión de causa y efecto».

Por lo tanto, Kant afirma que la conciencia de la sucesión sostenida por David Hume, según quien nunca podemos ser conscientes de nada más que de una nueva sucesión, sólo es posible a través de la conciencia de una necesidad que determina el orden de los hechos sucesivos.

Complementando estas apreciaciones, debemos aceptar como realidad, que los problemas de la Paz y de la Guerra están determinados por el carácter de los ideales efectivos de una era. Creemos que los problemas del hombre y de la naturaleza del hombre son estrictamente filosóficos, problemas de las cosas en las que el hombre cree y por las que el hombre vive; es en definitiva, el problema que se produce como consecuencia del enfrentamiento entre el determinismo y la libre voluntad del hombre; del determinismo de la fuerza incontrolada y la fe espiritual. La paz en la tierra, es un acto de fe y sin fe no habrá salvación del aluvión materialista. Lo que sucede, es que no hemos cultivado suficientemente la fe en nosotros mismos.

Fundamentalmente, necesitamos desarrollar una teoría del ritmo de la vida y de la unidad y mutua dependencia de todas las cosas. Sin esta fe, la doctrina de la fuerza no será jamás superada. La dicotomía de ideales y acción es algo que debe ser resuelto de manera que pueda observarse en un pensamiento amplio, abarcándolo todo, que permita bajar los ideales de las nubes a fin que activen los asuntos de los hombres sobre la tierra. El elevado idealismo y el realismo a ras de suelo han de juntarse, de modo que los hombres de negocio no consideren ya a los idealistas como seres poco prácticos y que el realismo, no sea ya una excusa para la ausencia de ideales en los planes de acción de los hombres. El ritmo de vida y unidad e interdependencia de todas las cosas tiene que ser demostrado, pero demostrado de modo concluyente, de forma que se convierta en cimiento de nuestra fe para la acción diaria, partiendo de una inspirada actitud y voca-

ción de servir. Debe expresarse con Plubius Terencio: «Soy hombre, por lo tanto, todo cuanto se refiera a la humanidad me concierne».

Esta disposición, presente manifiestamente en las reflexiones de IKEDA SENSEI, alienta sin duda a continuar firmemente por el camino sin secretos de una existencia racional, en la que recíprocamente se estimulen esas esperanzas. La causa de la comunidad debe hermanar por los profundos lazos del amor. La felicidad de un individuo no puede labrarse sobre la infelicidad ajena. Somos tan responsables de nuestra felicidad como la de los demás, al menos en el aspecto de no interferir felicidades. Parece que el mal se reduce a un tiránico egoísmo, que nos viene de lejos. Plauto, en el siglo II a.C. lo había rotulado: «El hombre es el lobo del hombre», mientras que Luís XV, según se le atribuye, dio una demostración sin atenuantes de su egolatría en la expresión: «Después de nosotros, el diluvio». En verdad, renegamos de nuestra propia felicidad cuando no respetamos la ajena.

Los objetivos comenzarán a lograrse si nos disponemos a una adecuación vigorosa de la filosofía imperante, mediante una firmeza de decisión, madurez moral y la chispa creativa del intelecto, todo lo que nos habrá de llevar a un inevitable desarrollo del espíritu en esta agresiva, belicosa, cáustica y corrosiva época, en la que la dureza del acero ha penetrado en los corazones humanos y en la que el hierro del rencor ha carcomido el alma de los hombres.

Al cultivar el espíritu veremos que la felicidad no está lejos de cada uno de nosotros. Más aún, Fedor Mijailovich Dostoievski proclamó en siglo pasado que «el hombre es infeliz porque no sabe que es feliz». Tal afirmación no es por cierto totalizante, pero nos proyecta en mucho al reconocimiento de nuestra tantas veces ignorada ubicación en la vida. Constituye, de todos modos, su respetable explicación y definición en esta búsqueda del ser, sentando además las bases de una sólida introspección terapéutica.

Lo que más sorprende al Dr. Ikeda en el pensamiento contemporáneo, es precisamente la indiferencia a un ordenamiento filosófico de consenso universal sobre la Paz. Un instrumento que no se limite sólo a suministrar esperanzas en un utópico futuro, sino como normal condición de vida en el presente, como aplicada a su comunidad, a la nación, al mundo. La Paz debe ser lo natural, como debiera ser lo propio la salud. Hace falta que impulemos una filosofía por la que asentemos que la Paz es lo positivo y no meramente la ausencia de guerras y conflictos. La Paz es satisfactoria, es rica; la Paz es movimiento, crecimiento, acción y vida. La Paz tiene que ser tan regular como lo es la euritmia en la sensibilidad del hombre reflexivo; debe rechazar instintivamente la guerra, como rechaza la discordancia y la disonancia musical, no puede ser muy diferente; es simplemente la armonía en las relaciones sociales, que requiere la totalidad del esfuerzo de la filosofía humana. En cambio, el pensamiento social que se ha impuesto en general, está insertado en la Economía Política, o bien en la Ciencia Política.

¿Quién puede negar que el pensamiento económico haya debido reemplazar a todas las otras formas del pensamiento, al menos en la gravitación sobre las decisiones políticas; que las cuestiones económicas han hecho sombra a todas las otras cuestiones; que la esperanza más espiritual consiste en que haya buenos negocios y abundancia de bienes de consumo? ¿Y quién puede negar que estos motivos de fuerza y provecho encie-

¿rren las semillas de las guerras futuras? Lamentablemente el materialismo da tono a la mayor parte de nuestro pensamiento efectivo. En realidad, está ahogando nuestro pensamiento.

Es esta actitud obsesiva lo que nos desequilibra. Pensamos que el primer paso de la sabiduría, ha de consistir en darnos cuenta de esta alineación del persistentemente inadecuado concepto de la paz. Y para ello, debemos recurrir a los grandes pensadores y a las reservas morales incontaminadas que contiene esa hermosa etapa generadora de futuro y de esperanzas, tal cual es la juventud. La juventud ha demostrado en todos los tiempos y en todo lugar geográfico de la tierra, su permanente espíritu de cambio, de renovación, lo que siempre resultó altamente positivo para la humanidad. Cuando durante el ciclo de vida del hombre se produce el arribo de la deseendencia, se genera la modificación mental de la especie, de modo tal que acompaña con sus nuevas ideas al desarrollo indetenible de la evolución, que será revolución, en la medida que no se considere racionalmente sus reflexiones.

De ello, surge la necesidad prioritaria de reconocer el valor de su inserción participativa en el análisis y resolución de los problemas que vive el mundo. El proceso formativo de nuestra naturaleza, al igual como se expresa en el crecimiento de la caña de bambú, mediante los nudos que indican el nacimiento de un renuevo, va registrando inconfundiblemente el aporte de cada generación, caracterizada en la sabia pura que contiene la juventud.

Inspirados en las afirmaciones de Heráclito, podemos recordar por nuestra cuenta que el hombre, como la naturaleza, como la vida, no es estático sino dinámico; como los procesos simultáneos del metabolismo, continuamente expeliendo lo viejo y usado, reemplazándolo por lo nuevo y fresco. No se difiere. Así es el desarrollo humano y la juventud su mejor expresión. Un pueblo que carece de una juventud transformadora, es un pueblo sin futuro.

La preocupación por este tema, es otro de los perfiles que identifican a la obra de Ikeda Sensei, quien ha definido con claridad meridiana su insoslayable papel en la comunidad.

Si retornamos al respeto por los valores auténticos del hombre, se descubrirá a nuestro alcance el verdadero espíritu de esa paz, que cada día se aleja más de la vida cotidiana, desdibujándose en su esencia ante la creciente necesidad de un mayor avance en el logro de los bienes materiales y del poder, todo lo que condiciona la mente y endurece el corazón.

Para finalizar, debemos tener siempre presente que la Paz no será nunca el resultado de alquimia de intereses, sino el aporte sincero, desprejuiciado y honesto de cada individuo dentro de su comunidad, en donde todos los días construya y gane su derecho a gozarla en amplitud, en el cultivo permanente de una incansable actitud de servir. Es el mensaje que, en definitiva, formula el Dr. Daisaku Ikeda mediante su llamado a la iluminación de la humanidad a través de Kai-Ji-Go-Nyu, que la esencia del Sutra del Loto expresa por Nichiren Daishonin en NAM-MYOHO-RENGE-KYO.

